

RAZONES GEOPOLÍTICAS Y SINRAZONES DIALECTICAS DEL ABORDAJE DE CHECOSLOVAQUIA (*)

I. LA GEOPOLÍTICA.

En la noche del 20 al 21 de agosto de 1968, las tropas soviéticas, flanqueadas con desigual fervor por acólitos alemanes orientales, polacos, búlgaros y húngaros (probablemente por este orden), cruzaban las abiertas fronteras checoslovacas. La noticia cayó como un rayo sobre el mundo. El acontecimiento ocurría cuando lo peor de la crisis parecía conjurado, hasta el punto de que muchos enviados especiales de la Prensa internacional habían comenzado a abandonar el país. En la invasión concurrieron todos los agravantes: premeditación, nocturnidad, alevosía, violación de acuerdos recientes...

Sin embargo, hablar de sorpresa es relativo. Personalmente, nuestra sorpresa habría sido la no intervención, y no basándonos en el «piensa mal y acertarás», sino razonando en los más crudos términos geopolíticos, evitando en lo posible seducciones por el dicharacherismo en que progresivamente ha ido degenerando la dialéctica marxista, sobre todo en manos de los partidos políticos en el poder. Eso no significa escepticismo ideológico. Sólo nos limitábamos a sentar un orden jerárquico del condicionamiento situacional en unos artículos que publicamos con anticipación¹. Al citarlos sólo queremos justificar que no queremos profetizar hacia atrás.

(*) Un extracto de este artículo fue publicado en *Índice*, núms. 244 y 245 (1 y 15 de abril de 1969).

¹ Véanse: "Sobre el revisionismo comunista", *Madrid* del 17-IV-68; "Viento del Este, viento del Oeste", *El Noticiero Universal* del 18-VII-68; "El revisionismo, enfermedad del comunismo adulto", en *ibidem* del 2-VIII-68, y sobre el nuevo planteamiento geoestratégico. "Hacia una coexistencia pacífica bis", en *ibidem* del 18-XI-68.

A Maquiavelo, aquel hombre que sabía demasiado, le «parecía más propio ir a la verdad del asunto que a su imaginación». A Stalin, también. «La Historia muestra que los Hitlers vienen y se van, pero que el pueblo y Estado alemanes permanecen», dijo en su Orden del día 23 de febrero de 1942². Semanas antes de colapsar el III Reich, el dictador de todas las Rusias seguía siendo consecuente con sus palabras, según nos cuenta Djilas en sus *Conversaciones con Stalin*. Señalando alguien la posibilidad de que Alemania se recuperase en una cincuentena de años, Stalin le interrumpió con un criterio bastante diferente: bastaría 15, «y esto es porque la unidad de los eslavos es importante», agregando que, «si la unidad de los eslavos existe, nadie osará mover un dedo»³. Pero los eslavos yugoslavos eran expulsados de la Kominform en 1948.

En 1953 moría Stalin, y tres años después, Kruschev, como colofón al XX Congreso del Partido Comunista Soviético, anunciaba la desestalinización. A mediados del año anterior, y diez años después de la rendición incondicional de Alemania, la parte occidental de ésta había ingresado en la O. T. A. N. Automáticamente se ponía en pie el Tratado de Varsovia, una manera de imprimir carácter jurídico a lo que existía *de facto*. Un año y medio después, el antistalinista Gomulka iniciaba su experimento en Polonia, y los húngaros, forzando el paso, provocaban un cortocircuito. Eran los primeros resultados prácticos del indicado XX Congreso del P. C. U. S. A pesar de todo, las bases del «policentrismo» quedaban echadas, y se potenciarían a partir de 1960, cuando por Pekín surgió la criada respondona del Kremlin. Madurar era ya sólo cuestión de tiempo. El llamado «testamento» de Togliatti (1964) se hizo eco doctrinalmente de un posibilismo ideológico ya en marcha.

Alemania, principio y fin de todas las cosas.

Willy Brandt, lejos todavía de la jefatura del partido socialista, decía que «la Alemania de Hitler fue derrotada por una coalición de las grandes potencias aliadas. Alemania está ocupada por esas potencias. Ella puede emer-

² Citado por GEORG SCHWARZENBERGER, *La política del poder (Estudio de la sociedad internacional)*, México, 1960, pág. 317.

³ MILOVAN DJILAS, *Conversations with Stalin*, Harmondsworth (Ingl.), 1963, págs. 90 y 91.

ger de esta crisis sólo si el restablecimiento tiene lugar con el acuerdo y cooperación del Este y del Oeste»⁴. Era 1946. Si la Alemania en guerra había provocado una alianza *contra natura*, la pugna por los despojos y la salvación del espíritu de la Alemania vencida conduciría rápidamente a su división a lo largo de un sostenido proceso de equívocos que daría lugar a la llamada «guerra fría».

Como ha señalado Alfred Grosser, «la República Federal nació en 1949 como hermana gemela de la Alianza Atlántica. Su padre fue la Guerra Fría»⁵. Algo parecido podría decirse de la República Democrática Alemana. La guerra fría, pues, se originó en Alemania y por Alemania y se ha ido alimentando de una serie de aventuras periféricas de las grandes potencias. La partición de Alemania «fue inicialmente el efecto, pero ahora es la causa de la partición entera de Europa»⁶. Como demostró el asunto checoslovaco, nunca se perdió de vista que el centro de gravedad sigue siendo Alemania. No puede considerarse exagerada la afirmación de que «Alemania es el problema del que dependen todos los demás de la reconstrucción de la posguerra»⁷.

La configuración que dio a su parte occidental la política del viejo Adenauer selló probablemente la suerte del país como un todo. Los dogmas de la guerra fría, manipulados por el anciano canciller (conseguir una «reunificación en la libertad» a través de una «política de fuerza»), contribuyeron decisivamente a congelar el *statu quo*. Por otro lado, el levantamiento del «muro de la vergüenza» por parte de Ulbricht, el otro depositario de ideas fijas, estabilizó al régimen oriental. La erección de esa barrera probó de nuevo la validez de un teorema repetidamente verificado en la política intragermana: «la imposibilidad de estabilizar una parte de la divida nación, sin amenazar simultáneamente con la desestabilización de la otra parte»⁸.

O sea, que Bonn y Pankow se fueron convirtiendo no sólo en los depo-

⁴ Citado por ZBIGNIEW BRZEZINSKI, "The Framework of East-West Reconciliation", *Foreign Affairs*, XLVI, 2, enero 1968, pág. 268.

⁵ Citado por MELVIN CROAN, "Bonn and Pankow: Intra-German Politics", *Survey*, 67, abril 1968, pág. 79.

⁶ GHITA IONESCU, *The break-up of the Soviet Empire in Eastern Europe*, Harmondsworth (Ingl.), 1965, pág. 165.

⁷ GEORG SCHWARZENBERGER, *op. cit.*, pág. 317.

⁸ MELVIN CROAN, *op. cit.*, pág. 78.

sitarios, sino también en los guardianes del nuevo orden, queremos decir de las «ortodoxias dogmáticas de la guerra fría que asistieron a sus nacimientos»⁹. Naturalmente, el juego no anda exclusivamente entre alemanes; en última instancia, las decisiones supremas han dependido de las casas centrales, sitas en Washington y Moscú. Decimos «han dependido», porque eso es cada vez menos el caso. En los últimos meses ha podido comprobarse el grado de emancipación conseguido por los alemanes occidentales, señalando su cota máxima la crisis del franco y su radical negativa a revaluar el marco; otro ejemplo, menos fugaz y más sostenido, es la resistencia que oponen a la firma del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares. Hace menos de un año, Willy Brandt podía escribir que «la política alemana se ha hecho más independiente, pero nosotros no pensamos en términos de ir en solitario, de hacer un "Rapallo" (...)»¹⁰. Así, como quien no quiere la cosa. (Compárense estas palabras con las de 1946.).

Las estructuras internas de las dos Alemaniás son lo suficiente sensibles como para acusar el cambio de humor internacional en un mundo que, habiendo de ser tajantemente bipolar, está lejos de ser claramente policentrista. No obstante, la vulnerabilidad, de la parte oriental es mayor que la federal, si bien ha alcanzado en los últimos años un peso específico dentro del bloque oriental¹¹, influenciado decisiones del Kremlin, sobre todo cuando los polacos también apuntan en la misma dirección.

El semientierro de la «Doctrina Hallstein».

La era Adenauer-Erhard, a pesar del inmovilismo de la mentalidad germánica, quedó superada cuando EE. UU. decidió un acercamiento en serio hacia la U. R. S. S.. El cénit de la entente germano-americana lo había marcado el esbozo de la «fuerza multilateral nuclear», que, a su vez, impulsó el acercamiento París-Moscú. En diciembre de 1966 se formaba la «gran coalición» alemana, con lo cual los socialistas no sólo participarían del poder, sino que su propio líder tomaría en sus manos los asuntos exteriores.

⁹ *Ibidem*, pág. 77.

¹⁰ WILLY BRANDT, "German Policy Toward the East", *Foreign Affairs*, XLVI, 3, abril 1968, pág. 479.

¹¹ Usamos el término "bloque" en sentido geográfico.

Willy Brandt inauguró su política de «coexistencia regulada», sin entrar en presupuestos de que la R. F. A. tuviera que reconocer la R. D. A. como un «segundo Estado alemán», a pesar de que ya en el cargo describiera que «la otra parte de Alemania también es una realidad, una realidad que nos envuelve en particulares deberes y posibilidades. Nuestra nueva política significa que estamos preparados para arreglar nuestras relaciones con la otra parte de Alemania de un modo diferente de lo que ha sido el caso hasta ahora»¹². La apertura al Este, precisamente por su éxito, topó con una reacción no programada, pero no carente de lógica. En efecto, la vieja «Doctrina Hallstein» era una rígida formulación sin escapatoria: los países que reconociesen al régimen de Pankow no podrían mantener relaciones diplomáticas con Bonn (la única excepción era Rusia); si un país lo hacía, Bonn rompería con él (como ocurrió con Yugoslavia). Por ello, la R. D. A. sólo se veía plenamente reconocida por los países comunistas. La fórmula Hallstein pretendía aislar la Alemania de Ulbricht como paso previo para conseguir su eliminación.

En realidad, la nueva *Ostpolitik* sólo enterraba parcialmente la «Doctrina Hallstein», pues las semitintas de Brandt consisten en ofrecer facilidades a los países que se encuentran en situación especial con respecto a la R. F. A.—países comunistas—para que pudieran establecer relaciones diplomáticas con ella, pero Bonn sigue viendo don muy malos ojos que los países—no sólo occidentales—puedan reconocer a Pankow.

La nueva política encontró pronto eco, no sólo en Yugoslavia, sino también en Rumania, la más inconformista del grupo del COMECON. Luego, a principios de 1968, el régimen de Novotny acabó por desplomarse, y los financieros de la R. F. A. comenzaron a afluir a Praga. Checoslovaquia parecía que podría encaminarse, aunque con más cautela, por el sendero iniciado por Rumania (Bonn, aun con cierta ambigüedad jurídica, había renunciado al territorio de los Sudetes, paso que no ha dado reconociendo la línea Oder-Neisse, problema que paraliza la política exterior polaca). El pánico comenzó a manifestarse en Pankow, por otras razones, en Varsovia, y ambas llamaron a las puertas del Kremlin.

La R. D. A., inevitablemente, se apresuró a improvisar una nueva política que contrarrestase la de la R. F. A., confirmando con ello lo que podría llamarse una «ley» del planteamiento intragermano: «como más flexi-

¹² WILLY BRANDT, op. cit., pág. 481.

ble es la política de una Alemania, más rígidamente ortodoxa es la respuesta de Guerra Fría de la otra»¹³. El resultado sería un paradójico intercambio de papeles. Si hasta entonces había sido la R. F. A. la que no quería saber nada de la R. D. A., a no ser para asistir a los trámites de su defunción, ahora pasaba a ser esta última la que imponía una serie de condiciones sobre la otra—y no sólo limitadas a un «no negociaciones sin reconocimiento»—que venía a equivaler, como ha apuntado el mismo autor, a una «especie de Doctrina Hallstein a la inversa».

Moscú toma cartas en el asunto.

En los largos meses que transcurrieron entre la progresiva desintegración del régimen de Novotny hasta un par de meses o tres antes de la invasión de Checoslovaquia, el Kremlin parecía estar un tanto al paio, dando la sensación de indecisión y tal vez de incompreensión de lo que se estaba desarrollando en aquel país. En todo caso, no levantó un dedo para salvar lo salvable de Novotny o para condicionar adecuadamente su sucesión. La presión combinada de Polonia y Alemania del Este influiría fuertemente a partir de abril o mayo. Nos inclinamos a pensar que la presión de los militares soviéticos sería una baza decisiva, cuando menos apoyando el punto de vista de los rígidos del Politburó. Así, por ejemplo, el general Matsoulenko, una semana antes de la invasión, publicaba un importante artículo en una revista militar soviética, poniendo de relieve la misión liberadora del Ejército soviético, el cual, «habiendo salvaguardado sus propias conquistas, ha otorgado siempre su ayuda a los pueblos de otros países»¹⁴. Con ello no

¹³ MELVIN CROAN, op. cit., pág. 84.

¹⁴ Citado por JACINTO SOLER PADRÓ y J. A. ROIG FRANSITORRA, "Checoslovaquia, amanecer sombrío", *La Vanguardia Española*, 28 y 30 enero 1969.

Parece algo baladí decir que el peso de los mariscales no condiciona el proceso político ruso cuando se trata de la esfera internacional basándose en el mero hecho de que ningún militar forme parte del Politburó. ¿Cuántos generales hay en los Gobiernos de Kennedy, Johnson o Nixon? La diferencia entre Rusia y Norteamérica es que en la primera no existen conexiones entre los militares y los grandes industriales. Es conocida la resistencia que Krustchev tuvo que vencer para actualizar tecnológicamente la anticuada estructura de las fuerzas convencionales soviéticas. Y, desde luego, el partido también maniobra entre los personalismos encontrados que existen entre los altos escalones de las fuerzas armadas.

insinuamos que los militares soviéticos estén ansiosos de hacerse con la maquinaria del Estado. Con una ideología condicionada e incondicional *for all seasons* se cubre más provechosamente un frente inmenso.

Clausewitz contra Marx.

La pregunta a formular era concreta: ¿cuántos pasos hay del policentrismo al desintegracionismo? La interrogación no tiene nada que ver con Marx, ni con Engels, y sólo un poco con Lenin. Aquí el gran ideólogo es otro Karl, apedillado Clausewitz. Así se empeñó (y el empeño prosigue) en evidenciarlo *Estrella Roja*, órgano del Ejército soviético, en reiteradas ocasiones desde semanas antes de la invasión, desplazando en elocuencia y celo a *Pravda*. La dialéctica *a posteriori* justificaría doctrinalmente—como veremos en la segunda parte—lo que había sido un clásico movimiento de tanques para proteger la fachada principal del dispositivo militar del Pacto de Varsovia, es decir, de la U. R. S. S. Como alguien ha dicho, «Checoslovaquia ha sido víctima otra vez de su posición “geo-ideológica”»¹⁵. Tal ha sido el sino de su constante histórica. Todo ello no excluye que, una vez más, el manto de Marx no haya servido para encubrir las lucubraciones de políticos—y políticas—inadecuados.

Desde luego, arriesgar el tremendo paso requirió valor a los rusos, pues de un santiamén socavaban la política de buena voluntad que habían ido acumulando durante años, aprovechándose del sucio atolladero en que los americanos se habían metido en Vietnam. Ideológicamente, les supuso la semirrebelión de muchos partidos comunistas fuera del bloque comunista, la intensificación y potenciación de las tensiones dentro del propio campo y la siembra general de desconfianza por todo el mundo..., ¡sin dejar de agudizar el conflicto con China, la puritana China! Y pese a tantos inconvenientes, el abordaje se efectuó, lo que demuestra en qué proporción pesaría el factor geoestratégico. Como Bismarck dejó establecido, «quien quiera que gobierne Bohemia tiene la llave de Europa».

Efectivamente, otro autor, analizando el futuro del Pacto de Varsovia cuando el poder iba pasando de Novotny a Dubcek, creyó poder interpre-

¹⁵ W. V. WALLACE, “Continuity in the development of Czechoslovakia”, *International Affairs*, XLV, 1, enero 1969, pág. 27.

tar la inactividad soviética, tanto por confiar en el P. C. local en calidad de guía como por la carencia de tropas propias sobre el terreno¹⁶. Pero antes, ponderando una serie de variantes que juegan en las relaciones dentro del bloque oriental, subrayaba que la principal era la «geográfica, una fuerte advertencia de la multivariada naturaleza de estas ecuaciones». «Los más liberales regímenes de Polonia y Hungría no han tenido tanto éxito en establecer su independencia de Moscú (...). Varsovia y Budapest son más inmediatos e importantes para Moscú que Belgrado, Tirana o Bucarest (...)»¹⁷. Así considerado, Praga reviste más importancia incluso que Budapest: al otro lado de su frontera está Alemania.

Medio año después de la invasión, otro autor trataba de estudiar las posibles razones militares que pudieran haber intervenido en el asunto. Enumeraba seis factores, no todos militares, y los analizaba brevemente, llegando a esa conclusión: «Para resumir, aunque no se puede imputar ningún peso específico a las consideraciones militares relacionadas con la decisión, la ocupación de la R. S. C. E. ha fortalecido potencialmente la posición táctica a largo plazo del Pacto de Varsovia y empapelado por encima las profundas fisuras en su cohesión. La U. R. S. S. ha ganado el control directo de un sector adicional en el vital frente Este-Oeste, pero la actual falta de confianza en Checoslovaquia y sus fuerzas armadas ha comprometido parcialmente las ventajas inmediatas en la disposición táctica ganada por la invasión. Por eso, a pesar de la ocupación, Moscú se confronta todavía con el problema fundamental de obtener un *consenso* auténtico entre sus aliados acerca del propósito del Pacto y el alcance de sus mutuas responsabilidades contra un evasivo enemigo común»¹⁸. Es decir, que, a pesar de las reacciones adversas y hasta efectos contrarios que provocó la invasión, previstos y menos previstos, la invasión se llevó a cabo.

Un trimestre después de la invasión se renovó la presión psicológica

¹⁶ Pero no olvidemos que en junio-julio tuvieron lugar maniobras en territorio checoslovaco por tropas combinadas del Pacto de Varsovia. Esas tropas, aunque remolona-mente, evacuaron el país días después de terminadas. De haberse negado a la evacuación (el mundo se hacía ya a esa idea), la afrenta habría sido mayúscula, pero hubiera pasado más inadvertida que lo que sucedió semanas más tarde.

¹⁷ WALTER C. CLEMENS, Jr., "The Future of the Warsaw Pact", *Orbis*, XI, 4, invierno 1968, págs. 1.004 y 1.003.

¹⁸ LAWRENCE L. WHETTEN, "Military aspects of the Soviets occupation of Czechoslovaquia", *The World Today*, XXV, 2, febrero 1969 (págs. 60-68), pág. 66.

ejercida sobre Yugoslavia, Rumania, Albania y hasta Finlandia y Austria. Pero la U. R. S. S. descubrió sus cartas cuando trascendió sus amenazas a la mismísima Alemania Federal, *quid* de todo el debate y que tantas horas de sueño ha venido robando durante años a los dirigentes moscovitas, basándose en un par de artículos de la Carta de las Naciones Unidas y el Tratado de Potsdam. Nada de ello. Lo irónico de ese género de situaciones es que se tiene que presumir de lo que se es incapaz de llevar a cabo. La agresividad soviética es directamente proporcional a sus insolubles problemas. Esto no quiere decir que el Kremlin hable por hablar, pero también puede ocurrir que no siempre consiga impresionar a los que apunta. Incluso la amenaza puede tener efectos contraproducentes, como lo demostró el caso alemán. El confusionismo de verano de 1968 fue reforzado por haber entrado en «un período de profunda incertidumbre estratégica»¹⁹ y porque al mismo tiempo estamos dentro de un período de incertidumbre política, precisamente a causa del éxito del progresivo deshielo de la guerra fría y el impacto del gaullismo en las relaciones internacionales, haciendo que las líneas divisorias, en ciertos casos, estén menos claramente delimitadas que hace unos años.

O. T. A. N. y Tratado de Varsovia.

La violación armada de Checoslovaquia se produjo siete meses y medio antes de que la O. T. A. N. cumpliera su vigésimo aniversario, y cuando esa organización militar, desertada ya por la Francia gaullista, se interrogaba acerca de su finalidad. Las miradas estaban más fijas en la flota soviética rondando por el Mediterráneo que en Centroeuropa. En marzo de 1968, un especialista había llegado a la conclusión de que, «preservando el *statu quo*, la O. T. A. N. parece haber adquirido dos funciones principales: contener a los rusos a causa de los alemanes y contener a los alemanes a causa de los rusos»²⁰. Al mes siguiente, otra autora reflexionaba sobre el Pacto de Var-

¹⁹ ROBERT E. HUNTER, "The future of Soviet-American detente", *The World Today*, XXV, 7, julio 1968, pág. 287.

Véase también ANATOLE SHUB, "Lessons of Czechoslovakia", *Foreign Affairs*, XLVII, 2, enero 1969, págs. 266-280.

²⁰ PHILIP WINDSOR, "N. A. T. O. confronts its future", *The World Today*, XXIV, 3, marzo 1968, pág. 126.

sovia y señalaba la necesidad que tenía de evolucionar hacia una «auténtica alianza multilateral» y convertirse en un «foro para la discusión y coordinación de problemas regionales», no tanto para hacer frente a la amenaza de Occidente como para «ayudar a la Unión Soviética a evolucionar nuevas relaciones con los crecientemente sofisticados países de Europa Oriental». De esta manera, el Pacto tendría «un futuro influyente; si no, no será nada más que una cadena de mando originada en Moscú»²¹.

Simultáneamente, el eminente especialista en asuntos soviéticos, Malcolm Mackintosh, vinculado con el Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, analizaba el momento de la política exterior rusa. Refiriéndose al apartado europeo, subrayaba que su interés particular se centraba en la renovación del Pacto del Atlántico al año siguiente, creyendo suponer que, si los dirigentes del Kremlin jugaban bien la partida, «la iniciativa en Europa puede caer en sus manos y pueden ser capaces de influenciar la escena de la seguridad europea de post-1969». Apuntaba cinco razones para ello: el creciente involucramiento americano en Vietnam; la retirada francesa de la O. T. A. N. y su política antianglosajona; el acercamiento de Bonn a Europa Oriental (aunque indicando que no era popular en Moscú); las tensiones greco-turcas y un régimen griego con menos prestigio; y, finalmente, la posibilidad de revitalizar algunos partidos comunistas occidentales, quizá llegando a formar Frentes Populares²². Cinco meses después todo esto era un montón de ruinas. Creemos innecesario señalar los destrozos en cada punto²³... y otros. Por eso, bien pudo decirse si el Kremlin no había decidido la elección para la Casa Blanca.

²¹ PATRICIA HAIGH, "Reflexions on the Warsaw Pact", *The World Today*, XXIV, 4, abril 1968, pág. 172.

²² MALCOLM MACKINTOSH, "Soviet Foreign Policy", *The World Today*, XXIV, 4, abril 1968, pág. 147.

²³ El punto referente a Francia sería el menos dañado, cuando menos en apariencia. De hecho, la invasión supuso un serio golpe para la política exterior gaullista en su objetivo de quebrar los bloques. Pero Alemania seguiría siendo un factor operativo en algunas concordancias básicas entre París y Moscú. Por otro lado, los recientes incidentes armados en la frontera chino-soviética vendrían a confirmar viejas tesis del general De Gaulle.

Presente y futuro... y otra vez Alemania.

La política de los occidentales y las especulaciones de sus analistas se habían basado hasta el 21 de agosto último en que la confrontación ideológica había cedido el puesto al regateo político-diplomático a partir de cuando la U. R. S. S. no se sintió ya militarmente inferior con respecto a U. S. A. Lo más probable es que continúe siendo así, y reconociendo que también Rusia es una superpotencia, nos encaminamos a una coexistencia pacífica bis. Entre tanto, empero, Breznev ha reinventado una «doctrina» al hablar de una «Commonwealth socialista», si bien en términos no académicos. Según ella, las relaciones entre Estados socialistas se deben regir por los principios marxista-leninistas y no por el derecho internacional capitalista. Con ello, «el concepto total de negociaciones puede llegar a perder toda significación cuando las partes están usando criterios diametralmente diferentes para pérdidas y ganancias: a ojos de los soviéticos, ellos ganaron en Checoslovaquia al reafirmar el gobierno monolítico del partido comunista; para Occidente, ésta constituye una dudosa ganancia comprada al precio de estrellar cualquier esperanza de una *détente* europea durante años y poner en peligro la *détente* con EE. UU.»²⁴. Según el mismo autor, la anticipada reunión de ministros de Asuntos Exteriores, Defensa y Hacienda de la O. T. A. N. en noviembre pasado, fue realista en sus conclusiones. «Comprometiéndose a una respuesta imprecisa si Rusia toma más acciones en el Mediterráneo, lanzan la única amenaza capaz de influenciar a la Unión Soviética: que ya no puede divorciar su política europea de sus relaciones de Superpotencia, tratando de hundir una *détente*, sin pagar un precio en términos de la otra (...)»²⁵.

De momento, la U. R. S. S. ha conseguido su propósito: alborotar el gallinero de la Alianza Atlántica²⁶ y justificar ulteriores refuerzos del Tratado de Varsovia, sin por ello conmover excesivamente sus relaciones con la otra superpotencia. En el intervalo, otro factor subjetivo—Nixon—

²⁴ ROBERT RONGER, "N. A. T. O.'s reaction to Czechoslovakia: the strategy of ambiguous response", *The World Today*, XXV, 1, enero 1969, pág. 23.

²⁵ *Ibidem*, pág. 24.

²⁶ En el comunicado final de la citada reunión del Consejo de Ministros de la O. T. A. N. se hizo constar que "la búsqueda de la *détente* no debería dislocar la alianza".

ha entrado en funciones. y condicionará a largo plazo por lo menos los planteamientos objetivos habituales. La política americana, por ahora, sigue siendo la de frenar las euforias de sus alemanes; mientras, los rusos frenan los resultados de falta de euforia de los suyos; al tiempo que empujan el resto de su jardín europeo-oriental.

Cuando hace unas semanas se produjo una alarma sobre Berlín, a propósito del empecinamiento de los germanos federales en querer elegir allí su presidente—fenómeno que, por lo demás, habían reiterado en diversas ocasiones—, desencadenando el consiguiente empecinamiento de los alemanes democrático-populares, no en impedirlo, sino en impedir que llegasen a dicha ciudad por vías terrestres y acuáticas los diputados electores. El grueso de la Prensa española (y no nos referimos a la provinciana) creyó conveniente utilizar los titulares de los grandes días de fiesta, con esa ligereza que suele ser proverbial en bastantes de nuestros generadores de opinión a nivel de redacción, con el justificante de las crónicas que acompañan.

Sin embargo, Federico Abascal Gasset, uno de los raros periodistas españoles que han llegado a calibrar y calar en el «problema alemán» por todas sus vertientes y no sólo por las más llamativas y tentadoras, expuso la crisis con sagacidad. En el lapso de una semana pudimos leerle que el embajador soviético visitó al convaleciente Willy Brandt para entregarle una nota, que amplió verbalmente. Eso ocurría a los pocos días de que el presidente americano precisase fecha de su visita a capitales europeas claves. El paso diplomático del ruso equivaldría a echar tierra a aquella amenaza de intervención soviética en la R. F. A., con la clara intención de quitar pretextos a Bonn en su persistencia de rehusar su firma al Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares. Y comentaba el periodista: que «(...) nunca ha trabajado tanto la diplomacia soviética en favor de la Casa Blanca como lo está haciendo ahora»; «para facilitar a Nixon el terreno en Europa, los rusos están dispuestos a todo». Incluyéndolo, claro está, a olvidarse de aquel curioso derecho de intervención.

Que en tal contexto estallase la enésima crisis de Berlín (que encima estaba prefabricada), reducía ésta a sus niveles exactos. Los tres aliados occidentales protestaron ritualmente, pero su rasgo equivalía a lavarse las manos del asunto. Por el otro lado, «las medidas de Walter Ulbricht (...) significan tan sólo que la Unión Soviética puede sacrificar a la

Casa Blanca todo, absolutamente todo, menos el amor propio de su gente. Y la República Democrática Alemana es, para la Unión Soviética, 'gente' propia, alguien con derecho a mantener, dentro del bloque socialista, pretensiones al pataleo. Pero sólo a eso, al pataleo». Y al día siguiente, comentando la llegada del jefe de las fuerzas armadas del Pacto de Varsovia al Berlín Oriental, el mariscal Yakubovsky, se interrogaba si era el prelude de la consumación de la crisis. «En absoluto. Significa que hay dos Alemanias, protegidas por dos fuerzas antagónicas, que intentan ponerse de acuerdo en todo menos en algo: en modificar el *statu quo*.» La intervención de los rusos «no es motivo de inquietud. Es un motivo de alivio»²⁷. Cínico, pero realista. Porque la realidad aquí es verdaderamente cínica.

Durante este intervalo se publicaba un discurso de Dubcek, pronunciado días antes, indicando que la consolidación de las relaciones con la U. R. S. S. constituía un «interés estratégico». Las experiencias históricas que Rusia ha tenido a manos de Alemania condicionan como una fijación sus relaciones hacia ella. La última guerra se saldó con 20 millones de cadáveres soviéticos, además del saldo de una tierra invadida y calcinada de ida y vuelta²⁸. Los anglosajones no fueron invadidos y el total de muertos rondó el millón. Es un detalle que debe tenerse presente. Pero como Rusia se siente ridícula de decir que tiene miedo de Alemania, prefiere camuflar su temor en ejercicios dialécticos.

¿Cuánto puede prolongarse ese tira y afloja? ¿Quién es esclavo de quién? Centrados en Europa, corremos el peligro de descuidar que la política es global. Los chinos de nuevo quieren entrar en sociedad. Claro que si no

²⁷ *La Vanguardia Española*, 8, 11, 12 y 15 febrero 1969. ALFRED GROSSER, por su parte, indicaba que "si el caso de Berlín no fuese tan trágico, tan doloroso en el plano humano, tan doloroso en el plano de la paz, podría ser sensible a los elementos de la comedia que encierran las contradicciones que ha hecho nacer". *Le Monde Diplomatique*, marzo 1969, pág. 2.

²⁸ Véase a ese respecto el reciente artículo de JEAN BRUAT, "L'attitude des Soviétiques s'explique par des raisons historiques et idéologiques", *Le Monde Diplomatique*, Marzo 1969. En un párrafo podemos leerle ilustrando ese terror solapado de los soviéticos hacia los alemanes: "¿No es, además, en última instancia, el único argumento adelantado por el Gobierno soviético para 'justificar' la intervención en Checoslovaquia? Esta fijación es tan obsesionante, que ha podido en este caso conducir a una dramática subestimación de la fuerza de resistencia del socialismo checoslovaco a la penetración de "influencias extranjeras" venidas de Bonn o transitando por Bonn."

quieren o no se les deja da lo mismo. Es otro detalle que también debe tenerse presente.

II.—LA DIALÉCTICA.

El hecho de que Marx llamase a su sistema «socialismo científico» para diferenciarlo de los socialismos «utópicos», que denunció y descartó, no significa que, vistas las experiencias—las praxis—, pueda tomarse al pie de la letra. Lo «científico» raramente pasa de pretensión. La axiomática apriorística pronto se vería desbordada por las ingratas pruebas de la historia que se empeñaba en determinar. El hecho mismo de que el marxismo echase ancla en una Rusia postfeudal y precapitalista como primer puerto de atraque destruye una de sus bases «científicas» esenciales. El primer maravillado fue Lenin. Que el fenómeno se repitiese, corregido y aumentado, en China, añadió más colorido a lo científicamente impensable. La deducción de estos interesantes fenómenos la realiza consecuentemente Leopold Labedz cuando dice que «el proceso revolucionario fue el resultado de la *ausencia* de condiciones capitalistas que Marx creía necesarias para la revolución socialista, más que su desarrollo»²⁹.

Pocos son los programas políticos que resisten las pruebas del poder. Aproximar práctica y teoría en grado suficiente para no causar escepticismo o resignación entre el pueblo soberano (electorado) es ya mucho conseguir. Entre los regímenes modernos sólo lo han logrado el nazismo alemán y la República del *Apartheid* sudafricana. Y en otro sentido, el gaullismo. Lenin tuvo que dar pronto viraje al timón de la nave cuando las circunstancias le impulsaron a implantar la «nueva política económica» como consecuencia del «comunismo de guerra». Siguiendo las reglas del juego, la reacción—que no pocos calificaron de retrógrada (a esos se les llamó con *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*)—fue «dialéctica», es decir, surgida del bien conocido proceso Tesis-Antítesis. Pero Lenin murió sin haber conseguido la Síntesis y sin siquiera haberla intentado. La tensión creada se arrastró unos años, hasta que a partir de 1928 Stalin se sintió sólido bastante para llevar a cabo su interpretación del desarrollo económico, lo cual suponía no

²⁹ LEOPOND LABEDZ (compilador), *El Revisionismo (Ensayo sobre la historia de las ideas marxistas)*, Madrid, 1968, pág. 9.

una superación de la N. E. P. leninista, sino su aniquilación junto con las «clases» surgidas de ella. A continuación vinieron las purgas en todas direcciones entre las esferas dirigentes. De síntesis en síntesis, Stalin fue perfeccionando la «dictadura del proletariado», basada en la fórmula de «socialismo en un solo país». Lo que, sin duda, consiguió ese georgiano fue la edificación de una Rusia que no habían conseguido ninguno de los Zares: una Rusia potencia de primera magnitud.

Desgraciadamente, el «socialismo científico» no provee de aparato alguno con que medirse científicamente; *ergo* debe lograrse a ojo de buen cubero. Stalin interpretó ese papel. A su muerte no legó ninguna N. E. P., sino un heterogéneo imperio en Europa oriental. La política stalinista hacia sus «satélites» ni siquiera cuidó las apariencias. Voluntarista como Lenin—es decir, «un revolucionario que, aunque cree en algunas condiciones históricamente determinadas para cambios políticos y sociales, sabe que tienen que efectuarse por acción directa e incluso violenta»³⁰, Stalin creía más en la fuerza como argumento corriente que Lenin. La «revolución desde arriba» stalinista fue impuesta y exportada.

Tras el interregno malenkoviano, Kruschev se aseguró como nuevo cubero. En 1956 inauguraba su política de desestalinización. El imperio crujió por Polonia y Hungría. Los tanques que intervinieron en el último país verían cubierta su actividad por una remozada, aunque ambigua o más insegura, filosofía. Bajo la égida stalinista, las misiones hacia y desde el exterior las habían realizado, en el plano extradiplomático, la Komintern y la Kominform.

Titismo.

El «*imperator y pontifex*» Stalin, con todo su ojo clínico, se equivocó algunas veces. Uno de sus malos cálculos fue con Tito, error del que geopolíticamente sigue resintiéndose la Rusia de hoy, cuando menos a nivel de almirantazgo. Aquel amo del Kremlin, que había preferido «para sus políticas internas la policía secreta al partido, y para las externas, el Ejército soviético (...) a los partidos comunistas o la Internacional Comunista»³¹, no

³⁰ GRITA IONESCU, op. cit., pág. 11.

³¹ *Ibidem*, pág. 11.

arriesgó el paso militar contra Tito, fracasando en el sucedáneo de excomuniones y presiones ideológicas y económicas. Con ello, Stalin puso de manifiesto que podría carecer de escrúpulos, pero que no era ningún aventurero en situaciones internacionales excesivamente fluidas.

Antes del histórico XX Congreso del P. C. U. S. (febrero 1956), en que se denunciaron los crímenes de Stalin, Kruschev realizó la primera visita a Belgrado. Esta «Canossa rusa» fue una visita de Estado, una «misión de reconciliación»; un año después (julio 1956) se repetiría la operación, pero a nivel de partidos. Si por la primera visita Moscú había hecho un público *mea culpa* de su política hacia Yugoslavia desde 1948, por la segunda, según el comunicado final, el Kremlin renunció a su infalibilidad.

La conmoción que estos hechos produjeron en Europa oriental fue sensacional, esparciendo y potenciando así la semilla del policentrismo y, a la larga, de los conatos de desintegración en el «campo socialista», a pesar de que Kruschev quiso dejar claro que el acuerdo con Yugoslavia no suponía crear precedentes para otros países. El nacional comunismo titista fue un espejuelo para la Polonia de Gomulka, pero el contagio a Hungría y sus consecuencias hicieron saber cuáles eran los límites de la tolerancia soviética.

Sólo para iniciados.

Hacer una excursión por el acumulativo vocabulario comunista es placer dado a cualquiera con sentido de curiosidad y humor; pero su comprensión, o por lo menos intento de aprehensión, es obligatorio para entender mínimamente los contorsionismos y juegos malabares que alientan una dialéctica en constante crecimiento. *Grosso modo*, la posición yugoslava con respecto a Rusia vendría a ser semejante a la de Albania con respecto a Yugoslavia. No es de extrañar, pues, que fuesen albaneses los más rabiosamente antititistas (antiyugoslavos) cuando las iras de Stalin se desencadenaron contra Belgrado. Por un proceso inverso, el acercamiento de Kruschev hacia Tito encontró lógica prevención en la diminuta Albania.

Aunque la disputa entre Moscú y Pekín no emergió hasta 1960, los temerosos albaneses se arrimaron desde 1954 al lejano árbol extremo-oriental. Para profundizar y compenetrarnos completamente con la partida jugada entre Moscú-Belgrado-Pekín-Tirana habría que remontarse a la Historia. Basta decir aquí que hasta que la crisis no estalló en público, los ataques de los

chinos contra el revisionismo yugoslavo eran una manera oblicua e indirecta de calificar de revisionista la política de Kruschew, en el mismo sentido que el ataque de éste contra el dogmatismo albanés apuntaba en realidad contra la política china.

A la ruptura chino-soviética siguió la de rusos y albaneses (facilitado por la inexistencia de una frontera común, otro dato geopolítico decisivo), con lo que los rusos perdieron sus únicas bases en el Mediterráneo, especialmente valiosas para sus submarinos, sin haber recuperado el control de la costa yugoslava. Así como la Rusia de Stalin fue incapaz de reintegrar Yugoslavia al redil, la de Kruschew lo fue con Albania. A tal descalabro estratégico y político se añadiría a partir de entonces una disputa «ideológica» en la plaza pública al alcance de cualquier interesado.

Conferencias, Conferencias... Congresos, Congresos... Comunicados, Comunicados...

Conferencias, Congresos y Comunicados, sobre todo tras la muerte de Stalin, y no sólo los enmarcados en la U. R. S. S., tienen un interés muy particular. Normalmente suelen acabar en declaraciones de buenas intenciones, y éstas pueden ser rutinarias (las más comunes) o no. Las que no lo son tienen particular interés regularmente por lo que no dicen, pero también a veces por lo que dicen. Claro que en el mundo de la diplomacia suele pasar algo por el estilo, pero dentro del «campo socialista» el ritual es entre partidos y países «hermanos». Cuando se trata de conferencias o reuniones internacionales es importante ver qué partidos han asistido y cuáles no, cuáles han votado en favor o en contra (en el último caso es más cómodo la ausencia preventiva, si es que ha llegado la invitación). Y aunque oficialmente cuenta más cuántos que quiénes, la práctica demuestra que es más importante saber quiénes son quiénes (los partidos o países que participan) que cuántos.

Cuando los comunicados son ambiguos en grado extremo, es decir, con capacidad para satisfacer a todos y de proporcionar a cada parte algún párrafo en que apoyar su tesis y echar agua al molino de su dialéctica, suele ser evidencia de que Moscú no decide por todos, de que Moscú carece de la autoridad de antaño. Esto viene siendo cada vez más el caso. Desde luego, Moscú también suele salirse con la suya en la mayoría de los casos; pero a veces la misma ambigüedad es embriagante y entonces pueden surgir situa-

ciones como la de Checoslovaquia, precedida de demasiadas reuniones y conferencias, o sea, de demasiados malentendidos. El tratamiento entre «camaradas» no significa *ipso facto* una simplificación de los planteamientos; en cambio, puede acarrear su complicación, pues a la hipocresía de la diplomacia clásica se suma la magia de las grandes fórmulas.

Es inevitable—y aconsejable—echar mano de algunos de tales comunicados, así como de extractos de periódicos y revistas comunistas, especialmente de los que tienen fama de ser portadores de la fidelidad doctrinal. Estos, en caso de apelación, son, por supuesto, soviéticos. El primero que podríamos citar para ilustrar nuestro contexto sería un *Pravda* de mediados de 1955: «Debe ser obvio para cualquiera que no existe "problema de Europa oriental", puesto que los pueblos de esos países, habiendo echado el gobierno de los explotadores, han establecido democracias populares y no tolerarán interferencias en sus asuntos internos por nadie.» Es decir, que *Pravda* afirmaba que *existía* un «problema de Europa oriental», ya que de haber sido obvio su no existencia no habría sido necesario que lo denegase. Y que el problema existía, y grande, se encargó de demostrarlo explosivamente el año siguiente.

Los dirigentes soviéticos nunca han confesado que se han quedado en Europa oriental como conquistadores; ellos sólo dicen que entraron como liberadores. El «problema de Europa oriental», en definitiva, deriva de ese papel liberador-conquistador de los rusos transformado en una política de defensa de un imperialismo geoestratégico, procediendo para ello a congelar el *statu quo* político-militar a falta de solución más aceptable por todas las partes. Necesitan envolver sus intenciones y pensamiento con la doctrina marxista, pero ésta, como ha indicado Raymond Aron, «tolera interpretaciones múltiples. El marxismo soviético comporta numerosos elementos que jamás habían sido concebidos por Marx. Según las circunstancias, esta doctrina se ensancha o se encoge». El mismo autor expone un excelente ejemplo que puede aplicarse a la invasión de Checoslovaquia y la «doctrina Breznev» que se montó en torno a ella ulteriormente. Aron se refiere a las conquistas que la Rusia zarista efectuó en Asia en el siglo XIX (ya sabemos las razones dialécticas que Mao Tse Tung ha expresado en diversas ocasiones sobre este asunto, y últimamente, de una manera más concreta, en una islita sobre un afluyente), acción que puede recibir una doble interpretación: o como una proyección del imperialismo zarista (tratado en iguales términos que el occi-

dental), fórmula que utilizó el régimen bolchevique en sus primeros años, o bien concibiendo el mismo imperialismo como función progresista por el hecho de que se proyecta sobre territorios más atrasados, con lo cual el zarismo actuó, aun inconscientemente, como agente del futuro régimen y su misión salvadora. «Todo lo que preparase la inserción de un pueblo en el Estado socialista—comenta el sociólogo francés—devenía conforme con la ley progresista de la Historia. Entre estas dos fórmulas, condenación del imperialismo o aprobación del progresismo, se conciben y observan múltiples intermedios. Las interpretaciones oficiales han oscilado entre estos dos extremos; la única obligación permanente para el individuo era de no equivocarse de interpretación, a fin de no estar ni adelantado ni en retraso»³².

La invasión de Checoslovaquia se produjo, en consecuencia, exactamente cuando la descomposición del país socialista estaba en grado avanzado, pero antes de que los «revanchistas» germanos y demás imperialistas interviniesen. Para tomar uno de los recitales de una prodigada excusa-justificación, he aquí las recientes palabras del secretario del Comité Central del P. S. U. S., Boris N. Ponomarev, ante el Congreso del partido comunista italiano: «... cinco países socialistas acudieron a apoyar a Checoslovaquia, un país hermano, en el que el socialismo estaba amenazado por fuerzas internas anti-socialistas instigadas desde el exterior por los círculos reaccionarios del imperialismo»³³.

Creación continua, polémica crónica y dialéctica.

Sin punto de referencia claro en que cotejar un sistema «científico», «las derrotas del comunismo se convierten en victorias»³⁴. Es como un gato realizando vistosas acrobacias, que, aunque le falle una, caerá de pie. El grueso de la obra escrita de Lenin está hecha de una interminable polémica, llegando a ser «la víctima de una obsesión teológica con la doctrina»³⁵, lo que no equivale a decir que su carrera no estuviese salpicada de inconsistencias, que, a su vez, un nuevo escrito aclaraba y justificaba. No obstante, como indica

³² RAYMOND ARON, *Démocratie et totalitarisme*, París, 1965, págs. 270, 271 y 272.

³³ *La Vanguardia Española*, 13 febrero 1969.

³⁴ R. N. CAREW HUNT, *The Theory and Practice of Communism*, Harmondsworth, (Ingl.), 1966, pág. 46.

³⁵ EDMUND WILSON, citado por R. N. CAREW HUNT, op. cit., pág. 171.

Edmund Wilson, querer entender a Lenin por sus ideas es perder un tanto el rumbo hacia el que se encaminaba, pues su norte fueron los hechos, los acontecimientos. En cierto modo, el lado teórico de Lenin no es serio; lo que le hace definitivamente relevante y apasionante es su forma de agarrar tácticamente las situaciones y la realidad que le rodea. Ahí radica su genio. Luego una nueva pirueta de la pluma le ampararía su acción táctica con los textos de los padres fundadores³⁶.

La oportuna muerte de Lenin coadyuvó decisivamente a su veneración. Se fue en el momento en que su existencia política tenía que orientarse claramente hacia alguna parte, es decir, antes de deshacer el nudo gordiano de la N. E. P. a que se había retirado, tal vez instalado, confortable o inconfortablemente. Los «dos pasos adelante» tras el «paso atrás» correrían a cargo de Stalin. A Stalin le tocó vivir «una época doctrinalmente más comprometida que la de sus precursores», correspondiéndole demostrar «la eficacia, la rentabilidad del sistema. Y esto no podía realizarse apelando a principios generales, a formulaciones ambiguas»³⁷. Su estrella polar fue el «socialismo en un solo país», pero su obra, sobre todo, quedó consagrada por su victoria sobre el hitlerismo. A sus sucesores les tocó enfrentarse con su retorcida y explosiva herencia.

De la doctrina de la «diversidad»...

Esa «diversidad» iba inherente en la declaración emanada de aquella segunda entrevista Krushev-Tito y que daría lugar a lo que Gomulka llamaría comunismo «por diferentes caminos»; Mao, su «florezcan cien flores», y Togliatti, «policentrismo».

Tres meses antes del «octubre polaco», Bulganin ratificó en Varsovia que «cada país puede ir por diferentes caminos al socialismo, pero la Rusia soviética no puede permitir que esto sea usado para romper la solidaridad del campo de la paz».

La cuestión de la soberanía es lo sobresaliente del libro de Imre Nagy *Sobre el comunismo*, en donde se plantea la posibilidad de conseguir un Es-

³⁶ *Ibidem*, pág. 171, y EDMUND WILSON, *To the Finland Station*, Londres, 1967, página 484.

³⁷ JACINTO SOLER PADRÓ y J. A. ROIG FRANSITORRA, op. cit.,

tado independiente y neutral (lo que equipararía Hungría al modelo yugoslavo) sobre la base de «una coexistencia activa de países socialistas democráticos progresistas—o similares—con aquellos otros países que tienen un sistema diferente. Esto debe conseguirse mediante una política exterior coordinada y mediante una cooperación contra las políticas de grupos de poder»³⁸. El noviembre húngaro vio segar en flor la *praxis* de esta teoría, teoría que ha pasado a ser la *praxis* de un Estado «dogmático», como la Rumania de un Gheorghiu-Dej, proseguida a su muerte por Ceaucescu.

Nagy cometió el error (soberano) de extraer Hungría del Pacto de Varsovia, proclamando la neutralidad. Automáticamente Moscú hizo pública una declaración básica «sobre los principios del desarrollo y ulterior fortalecimiento de la amistad y cooperación entre la Unión Soviética y otros Estados socialista». El documento introducía la expresión «mancomunidad [commonwealth] socialista». Reconocía «las clarísimas equivocaciones, violaciones y errores que desfiguraron el principio de igualdad en las relaciones entre los Estados socialistas». Seguidamente trataba sobre problemas militares, llegando a la conclusión de que con tal de que fuese considerado socialista, democracia popular y miembro leal del Tratado de Varsovia por la U. R. S. S., ésta se hallaba dispuesta a tratarlo como un país soberano, cualquiera que fuese la fórmula que eligiese para su socialismo.

Entre 1956 y 1960 se reconsideró en cuatro ocasiones la búsqueda de una «línea general» por los «partidos hermanos»³⁹. En este intervalo, a pesar del conflicto latente que iba acumulándose subterráneamente, los chinos preferían una unidad bajo control ruso a una falta de unidad total. Pero la desbandada, aun sibilamente, parecía ir tomando cuerpo. Hasta la dogmática Rumania se acercaba a la revisionista Yugoslavia. De hecho, el único común denominador que unía a la mayoría de los países del Este era su recelo hacia el sargento moscovita, pero su debilidad derivaba de sus furibundos nacionalismos que chocaban entre sí, fruto de arrastres históricos no digeridos.

En 1965, el ya citado profesor Ghita Ionescu, especialista en estos asun-

³⁸ IMRE NAGY, *On Communism*, Londres, 1967, citado por GHITA IONESCU, op. cit., página 72.

³⁹ En el XX Congreso del P. C. U. S. (febrero 1956); en la reunión de Moscú de los partidos comunistas en el Poder (noviembre 1957); en el XXI Congreso del P. C. U. S. (enero 1959), y en la reunión de los ochenta y un partidos comunistas (noviembre 1960).

tos, concluyendo la obra que hemos utilizado, se interrogaba sobre la progresiva pérdida de control por parte del Kremlin sobre el «campo socialista». «Es aquí—decía—, en el oscuro reino de las relaciones con la Organización del Tratado de Varsovia, que el próximo asalto entre los Gobiernos comunistas más centrífugos y el Gobierno soviético se decidirá. Es aquí que las nuevas definiciones de "soberanía nacional" y de "la commonwealth comunista" probablemente se probarán.» Y remataba: «¿Puede aceptar la Unión Soviética que sea posible para una "commonwealth comunista" sobrevivir en Europa sin que sus miembros estén subordinados, incluso en materias militares, a la potencia dominante?»⁴⁰.

... a la «doctrina Breznev».

Acertó. De poco le sirvió a la nueva Checoslovaquia reiterar su devoción al Pacto de Varsovia y rechazar explícitamente cualquier veleidad neutralista, a diferencia de lo que hizo Hungría doce años antes. No escapó a su predestinación. Luego los titulares de los periódicos—«Internacionalismo proletario en acción», «Política de buena vecindad»...—y las explicaciones: «Nuestros soldados no tenían sino un propósito en Checoslovaquia: salvaguardar y fortalecer la gran amistad entre nuestras naciones, salvaguardar la inviolabilidad de la libertad, independencia y soberanía de Checoslovaquia» (*Pravda*, 1 de septiembre de 1968). El propio Fidel Castro tuvo que desgarrar su versión romántica del marxismo, votando por Rusia, no sin hacer constar, empero, que «lo que no puede negarse es que la soberanía del Estado checoslovaco fue violada. Eso sería ficción, mentira. Y la violación fue, de hecho, de naturaleza flagrante».

Se podrían citar y aducir numerosos textos y estudios sobre el pensamiento soviético en materia de Derecho internacional y el respeto de fronteras y soberanías, llegando incluso a su sacralización. Así, tenemos la *Gran Enciclopedia Soviética*, la Declaración de la Conferencia de los Ochenta y un Partidos Comunistas del Mundo (noviembre 1960) u obras tan frescas como la de A. P. Butenko—*El sistema socialista mundial y el anticomunismo*—o la de Sh. P. Sanakoev—*El sistema mundial del socialismo*—, ambas publicadas en Moscú en el mismo 1968. Podríamos añadir el *Diccionario jurídico sovié-*

⁴⁰ GHITA IONESCU, op. cit., págs. 156 y 157.

tico (Moscú, 1956) o, aún con más énfasis, el *Diccionario diplomático* (Moscú, 1961) ⁴¹.

A estas publicaciones se pueden agregar textos legales como el propio articulado del Tratado de Varsovia o el del COMECON, así como el de la O. N. U. (el artículo 103 es claro a este respecto), pues todos los países invasores han firmado su Carta, a excepción de Alemania del Este, la cual, a pesar de las concluyentes prohibiciones de los acuerdos de Yalta y Pötsdam, Rusia utilizó a su conveniencia. También es paradójico que el artículo 17 de la Constitución soviética otorgue a cada República federada el «derecho a la secesión», derecho, por lo visto, no extensivo a países no cubiertos por dicha superley. Naturalmente, está por demás decir que «cualquier movimiento en favor [de tal artículo 17] es suprimido inmediatamente. Porque como ello es *ex hypothesi* inconcebible que las «masas que trabajan duramente» (*toiling masses*) pudieran desear verse separadas de la Unión Soviética, cualquier demanda para ello debe venir de círculos reaccionarios y así ser contrarrevolucionario» ⁴².

Es cierto que algún que otro jurista del «campo socialista» ha intentado esbozar alguna vez un derecho internacional socialista por encima del vulgar y corriente Derecho internacional. Así, por ejemplo, el profesor Lachs, polaco, actualmente en el Tribunal de Justicia de La Haya, está contra el pluralismo, pues, según él, conduce al nihilismo jurídico. Pero, como acertadamente critica Georges Fisher, «la afirmación dogmática según la cual las relaciones entre Estados que hayan abolido el capitalismo tienen necesariamente, por esta sola razón, un carácter fraternal, exento de dominación, depende de la teología y no de las ciencias sociales». El mismo autor subraya que con acciones como la invasión de Checoslovaquia no puede pretenderse que las relaciones internacionales no salgan afectadas, pues es infantil la fórmula de «la no intervención eres tú; el intervencionismo proletario soy yo» ⁴³.

La U. R. S. S. ha razonado y operado como lo habría hecho la Santa Alianza (que, dicho sea de paso, se sentía con especial devoción en San Pe-

⁴¹ Esta bibliografía, así como las anteriores citas, proceden de LEOPOLD LABEDZ, "Czechoslovakia and after", *Survey*, 69, octubre 1969, págs. 7-21.

⁴² R. N. CAREW HUNT, op. cit., pág. 264.

⁴³ GEORGES FISHER, "Les rapports entre les pays socialistes sont-ils régis par un droit international spécial?", *Le Monde Diplomatique*, febrero 1969.

tersburgo). Cuando se creó esta institución *statuquista* e intervencionista, los Estados Unidos de América respondieron con su «doctrina de Monroe» para proteger su hemisferio, doctrina que a lo largo del tiempo ha tenido diversas y antagónicas interpretaciones, que van del *big stick* a la «buena vecindad». Tras la Segunda Guerra Mundial, la doctrina americana se tranfiguró con el nombre de O. E. A. (que algunas malas lenguas llaman Ministerio de Colonias de Estados Unidos). Guatemala, República Dominicana, Bahía de los Cochinos... son precedentes inmediatos sobre los que habría podido apoyarse Rusia aduciendo que lo que era saludable para los norteamericanos era saludable para los rusos. (Claro que este argumento no puede llevarse hasta el final. Castro acaba de celebrar su décimo aniversario en el poder y la Francia gaullista ha podido efectuar sus experiencias con la O. T. A. N. sin que fuerzas mayores se interfiriesen.) La dialéctica es brutal, pero tiene la ventaja de tener la fortaleza de lo clásico.

Teoría del igualitarismo según Big Brother.

La justificación de la invasión fue *a posteriori* y se fue nutriendo de improvisaciones y carambolas. Parece ser que los primeros en aquilatar la situación, en términos no pedestres, fueron los polacos, tras la entrada de las tropas. A comienzos de septiembre comenzaron a hablar de contrarrevolución «quieta», «pacífica» o «silenciosa» en Checoslovaquia, contrastándola así con la húngara de 1956. *Pravda* recogió el cable y dio cuerpo a las salpicaduras polacas. Su jefe del departamento de Propaganda, Sergei Kovalev, a fines de mes realizó definitivamente la «aproximación de clase» al fenómeno, dejándose de «legalidades burguesas». Para él, «desde un punto de vista marxista, las normas jurídicas, incluyendo las normas de las relaciones mutuas de los Estados socialistas, no pueden interpretarse estrecha, formal y aisladamente del contexto general de la lucha de clases en el mundo moderno. La observancia formal de la libertad de la autodeterminación de una nación en la situación concreta que se planteó en Checoslovaquia sería libertad de "autodeterminación" no de las masas populares, del pueblo trabajador, sino de sus enemigos»⁴⁴. Eso rima perfectamente con la apreciación que del artículo 17 de la Constitución soviética hizo R. N. Carew Hunt.

⁴⁴ Citado por LEOPOLD LABEDZ, "Czechoslovakia and after", op. cit., pág. 10.

Si en la U. R. S. S. esta doctrina intervencionista fue en principio diseñada por *Pravda* (26 septiembre 1968), fue anunciada como política oficial por Breznev el 12 de noviembre: «Pero cuando fuerzas internas y externas que son hostiles al socialismo tratan de volver el desarrollo de algún país socialista hacia la restauración de un régimen capitalista, donde el socialismo en ese país y la comunidad socialista como un todo son amenazados, llega a ser (...) un problema y una preocupación comunes de todos los países socialistas (...), la asistencia militar a un país hermano, destinada a detener la amenaza al sistema, es un paso extraordinario dictado por la necesidad (...)»⁴⁵. «La soberanía ha sido así colectivizada... al menos para el propósito de justificar, *ex post facto*, la invasión y la ocupación de Checoslovaquia», ha escrito el representante permanente de EE. UU. en el Consejo del Atlántico Norte⁴⁶.

Subordinar el Derecho internacional a «las leyes de la lucha de clases» —concepción sin embargo plenamente marxista-leninista—acarrea una cuestión que recogió rápidamente Yugoslavia. Uno de sus tratadistas denunció la «mitología y fraseología *quasi-marxistas*», diciendo que «el problema que lógicamente plantea es: ¿permitirían las potencias imperialistas a cualquier partido comunista alterar la naturaleza del sistema social y político de los Estados capitalistas por medio de una lucha política democrática?»⁴⁷.

Con todos los exhibicionismos o pudores que se quieran, la bola de nieve en descomposición del policentrismo está en marcha, y Checoslovaquia significa un alto, pero también un hito en el proceso. El policentrismo, no sólo ha provocado querellas interpartidos, sino también intrapartidos. «El eterno dilema soviético (...)—universalismo comunista o *raison d'état*—ha alcanzado una nueva agudeza (...). Ahora está claro que, como los líderes soviéticos no pueden reconsiderar su hegemonía en el movimiento comunista, han tenido que decidirse por la reconsolidación del comunismo en un imperio»⁴⁸.

En realidad, la tragedia soviética ha sido más profunda que la de una

⁴⁵ *The Times*, 13 noviembre 1968. Gromyko, ministro de Asuntos Exteriores soviético, usó la argumentación ante la O. N. U.

⁴⁶ Harlan CLEVELAND, "NATO after the invasion", *Foreign Affairs*, XLVII, 2, enero 1969, pág. 253.

⁴⁷ Zdravko Micic, citado por LEOPOLD LABEDZ, "Czechoslovakia and after", op. cit., página 12.

⁴⁸ LEOPOLD LABEDZ, op. cit., pág. 18.

opción entre el chauvinismo gran ruso y unos principios. El largo intervalo que se tomó el Kremlin para decidir su acción, junto con las torpes explicaciones que siguieron, significa que el dilema pesaba lo suyo. Cuando se hicieron entrar en juego a los tanques, *si* sabían los soviéticos que lanzaban un torpedo más contra una ideología, aunque en apariencia saliese apuntalada por otra temporada. Y contra tan fúnebre presagio no encontraron más recurso que la ley del más fuerte. Sólo así pudieron compensar su debilidad.

La dialéctica comunista soviética podrá jugar con todos los conceptos que quiera y prolongar hasta el infinito su capacidad inventiva, pero sus bases se simplifican en un par de frases que George Orwell inmortalizó para siempre: 1) «Todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros»; y 2) «*Big brother* te está mirando». Todo ello un poco sazonado de *doublethink* y *newspeak*.

* * *

Mientras se redactaba este artículo, han tenido lugar los sangrientos incidentes de la isla Damanski. Pekín ha acusado a los rusos de tener establecido un régimen «colonialista» en Siberia, de la misma manera que hablan de «imperialismo económico» cuando se refieren al COMECON.

Tanto China como Rusia han movilizado la opinión de sus respectivas poblaciones con enternecedoras proclamas patriótico-patriotas que harían las delicias de un *petit bourgeois*. Los incidentes son tanto más significativos porque su comienzo coincidió con la minicrisis de Berlín, aparte de surgir un par de meses antes de la prevista Conferencia de PP. CC. mundiales. Los soviéticos hablan de la inalienabilidad de sus fronteras históricas. La «Doctrina Breznev» tal vez tendrá que recapacitar. Las cosas no andan bien dentro del Kremlin, y no son pocos los que piensan que «rodarán cabezas». La aventura checoslovaca no está resultando rentable. Un cierto proceso de restalinización está en marcha, sobre todo en aspectos militares.

De la pseudocrisis de Berlín salía elegido un nuevo presidente federal —¡un socialista ex-demócrata cristiano!—, el cual se apresuró a opinar sobre la división de Alemania, culpando al rearme alemán y a la O. T. A. N. como obstáculo para la reunificación. El canciller Kiesinger ha considerado

estas declaraciones una insolencia anticonstitucional. Strauss ha reaccionado más violentamente. Brandt, el segundo de a bordo, creyó oportuno indicar que la democracia cristiana tiende a confundir al Estado alemán con el partido político.

Días después, los países del Pacto de Varsovia tenían su Conferencia en Budapest, todavía bajo el eco de los disparos chino-soviético en los confines de Extremo Oriente. Por lo visto, el alemán de la calle quedó un tanto estupefacto al comprobar que los periódicos del bloque oriental no se ocupaban del revanchismo ni del militarismo de la R. F. A. *Die Welt*, «más nacionalista que nunca», titulaba su primera página del 17 de marzo: «Bonn permanecerá neutral en el conflicto chino-soviético.»

Como decían unos autores tras la invasión de Checoslovaquia, «el meollo de la cuestión es que la supervivencia de los regímenes del bloque soviético del Este europeo dependen de la capacidad soviética en manejar los desvíos nacionalistas en el bloque. La capacidad soviética para hacer esto a su vez está afectada por el conflicto soviético con China comunista, por un lado, y el deseo del Kremlin en mantener una *détente*, sea táctica o real, con Occidente, por otro. Porque el conflicto resultante de las demandas conflictivas, las fuerzas indígenas que luchan por más independencia en Europa Oriental, desafían no sólo la continuación de la gerencia soviética de la región, sino también la existencia misma de sus regímenes comunistas»⁴⁹.

TOMÁS MESTRE.

Madrid, 18 de marzo de 1969.

⁴⁹ WILLIAM R. KINTNER y WOLFGANG KLAIBER, "Eastern Europe in Flux", *Orbis*, XII, 2, verano 1968, pág. 414.

